

DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATIRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



ELECCION DEL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

FRANCESA.

Muy complicada ha aparecido en la Asamblea nacional francesa la cuestion de la presidencia. Los mas estraños matices se han fundido y combinado en uno ú otro sentido, siendo muy difícil poder apreciar lo que han querido los respectivos partidos en esta ocasion. Lo cierto es que despues de una larga discusion en que tomaron parte algunos de los principales adalides de la tribuna francesa, entre los cuales se cuenta M. de Lamartine, que pronunció un brillante discurso en favor de la eleccion por

el sufragio universal, fué adoptada esta idea por una mayoría inmensa.

De modo que sabemos ya que el presidente de la República será nombrado por el voto popular. Aun quedan ahora por resolver una porcion de cuestiones que darán á la eleccion de este mas ó menos importancia. Tales son entre otras el tiempo de la duracion de la presidencia, y la composicion de la misma.

No nos ocuparemos nosotros del carácter político que pueda tener la resolucion adoptada por la Asamblea: solo si diremos que de cualquier modo que fuese nombrado el presidente, siempre se podia crear una doble autoridad, dado caso que no se estableciese que el cargo era amovible. Con efecto, en lo que han persistido mas los que se negaban á admitir el voto popular, era en el contrasentido que podia envolver la eleccion del presidente con la anterior eleccion para la Asamblea. Era la cuestion de las las cámaras resucitada de nuevo. El pueblo quiere en el momento de la eleccion para la Asamblea una cosa: cambiando momentáneamente los sucesos, cuando vota para la presidencia, imprime otro caracter á la eleccion: de modo que se hallan constituidos dos poderes, los cuales no han de hallarse en estado de funcionar sin provocar á cada paso un conflicto. Pero ya lo digimos en un principio: el nombramiento de presidente por la Asamblea no hubiera resuelto esa dificultad: como el pueblo, la Asamblea podia variar de opinion á pocos dias ó á pocos meses despues de haber levantado un hombre á la presidencia: en tal caso, sin tener en sus manos la facultad de deponer al elegido, quedabase frente á frente con un poder á quien habia hecho, pero que no podia deshacer. Entonces el conflicto era el mismo: la Asamblea y el presidente eran dos autoridades que faltas del acuerdo necesario, no podian hacer mas que estar en continuos piques. El pueblo en tanto propenderia en favor de uno ú otro, y como la ley era una barrera tendria que saltar por ella para derrocar cada presidente ó para destruir cada Asamblea. No habia, pues, mas que haber nombrado un gefe del gobierno, responsable, que hubiera nacido de la Asamblea y que fuese el producto de la mayoría. Asi lo queria Felix Piat y asi tal vez lo hubiéramos deseado nosotros. Pero la Asamblea ha resuelto otra cosa y hay grandes motivos para creer que ha obrado bien. Indudablemente gran parte de los que han defendido el nombramiento por la Asamblea iban guiados por un deseo mezquino. Querian hacer triunfar una candidatura dada. De algun tiempo á esta parte dominaba á la Asamblea un espíritu de pandillage que los partidos sinceramente ami-

gos de la buena fé republicana no podian destruir. Cavaignac, con su nulidad y con su ambigua conducta era el gefe de esa gran falange que ante todo se habia propuesto explotar la Francia. A su lado tenia la gente del *Nacional*, con Marrast á la cabeza. La Asamblea hasta ahora no se habia atrevido á romper abiertamente con esa pandilla, por temor á lo que pudiera venir despues. ¿Qué gobierno en efecto sustituiria al actual? Se formaria con los hombres de reaccion ó con los del movimiento revolucionario. Los dos extremos imponian á la porción de hombres tímidos que como en todas partes se abrigan en la Asamblea. Asi han pasado algunos tiempos sin que haya habido la suficiente energia para salir de ese marasmo y derrocar á esos hombres de inaccion y de estancamiento. La ocasion presente ha sido para la Asamblea altamente propicia: se ha agarrado á ella como el naufrago á la tabla que le ha de guiar al puerto. «Es tiempo ya, se ha dicho, la Asamblea, de que sepamos si es preciso andar atrás ó adelante, porque nada compromete mas la suerte de la república que la actual inaccion. Apelemos pues al pueblo de nuestra propia irresolucion y que el pueblo decida. El presidente que envie cortará ó desatará el nudo que nos tiene á nosotros atados»

De aqui la inmensa mayoría que ha tenido el pensamiento de la eleccion popular. No le han votado atendida la mayor ó menor bondad del principio, sino su conveniencia. Bajo este mismo punto de vista vamos á examinar nosotros ese suceso.

Algunos de los republicanos sinceros que han votado por la eleccion por la Asamblea, lo han hecho temiendo el resultado de la eleccion popular. Los partidos monárquicos han intrigado tanto en Francia, que no seria difícil que alguno de ellos lograra inclinar la balanza del escrutinio en su favor. Este pensamiento, como decimos, les ha asustado.

Bajo la misma impresion hemos visto á un diario español decir que el discurso de Lamartine, era la oracion fúnebre de la República.

Aunque nosotros nos hemos ocupado mucho de la imposibilidad en que estan los partidos realistas en Francia de intentar con fruto una restauracion, ya que ahora parece que se reaniman muchas temerarias esperanzas, creemos que no ha de ser fuera del caso repetir algunas de nuestras anteriores razones, con lo que nuevamente se nos ocurre respecto á la incapacidad formal en que estan los pretendientes en la nacion vecina de llegar á sentarse en un nuevo trono absoluto ó constitucional.

No puede haber una restauracion monárquica en Francia: pri-

mero porque no hay reyes; luego, porque no son necesarios. Los reyes no pueden serlo mas que por el derecho divino, por la gloria, ó por la inteligencia.

El derecho divino! hace mucho tiempo que no se reconoce. Los pueblos han aprendido á despreciar esa vana palabra desde que se comprendió que era ultrajar á Dios suponerle el designio de hacer que las naciones fuesen el patrimonio de la tiranía y de la incapacidad. Ha habido diez siglos de reyes de derecho divino, que han hecho apelecer los de derecho humano. Ya todos saben que los destinos de un pueblo no pueden fiarse al acaso.

En Francia mas que en ninguna otra parte es dudoso ese título á la legitimidad. Desde Luis XVI la guillotina se encargó de decir á los reyes que los óleos de la consagracion no bastaban á hacer su cabeza inviolable: ¿Cómo pues se ha de querer ahora restaurar ni dar fuerza á ese derecho? Oh de seguro no hay nadie que piense formalmente en tal cosa.

La gloria! ¿pueden reclamar este título ninguno de los actuales pretendientes? Si como ha dicho muy bien Lamartine, para temer un nuevo imperio debia tenerse detras el terror y delante una batalla de Marengo, ¿cómo se puede esperar que llegue ninguno al trono por el camino que llevó a Napoleon?

Busquemos, pues, un rey por la inteligencia y nos será igualmente imposible. El único que sus parciales pintaban como un sábio, el difunto duque de Orleans, no habia hecho mas que escribir un tomo de poesías. ¡Versos! con esto queria edificar su reputacion y cimentar su trono. La antigüedad ha visto á Anfiön levantando los edificios al son de su lira, pero estaba reservado á los tiempos modernos el que las canciones de un poeta bastasen para levantar un trono.

Si el príncipe de Orleans hizo versos, hizo algo por lo menos; pero ¿en qué han gastado el tiempo los demas príncipes que aspiran á la corona para que sea en ellos un título la sabiduría? Las bibliotecas esperan sus obras y los mecánicos y los prácticos sus proyectos. Mientras ellos se han estado en la ociosidad, el genio francés ha encontrado en el mundo físico el medio de fijar los colores en el lienzo ó en el papel arrancándolos al espectro solar, y en el mundo astronómico ha descubierto un nuevo planeta. ¿Se llama acaso alguno de los príncipes M. Daguerre ó M. Le-verrier? ¡Oh, ni una cosa ni otra! Pues entonces ¿cómo han de ser reyes por la inteligencia donde hasta la pólvora de algodón se ha perfeccionado sin el apoyo de sus luces? ¡Ah, príncipes, sois muy ignorantes al lado de los sábios que quereis gobernar!

Ved, pues, como es cierto lo que digimos respecto á la imposibilidad que hay en el día de hallar reyes para la Francia. Ni la linterna de Diógenes podría hallar en todas esas familias tradicionales y gloriosas un retoño capaz de dar el fruto apetecido, al calor del trono real.

Pero sin títulos ó con ellos es lo cierto que hay hombres en Francia que pueden ser reyes. Hay partidos inmensos que los apoyan por simpatías ó por obcecacion. ¡Oh! engaño y error.

La opinión monárquica en Francia está tan fraccionada entre los diversos pretendientes que no tiene ninguna fuerza. Si mañana subiese al trono Enrique V, las fracciones orleanistas y bonapartistas le harían, no la misma guerra que hoy hacen á la República, sino otra mucho más cruda. Hoy al fin no ven un rey que les recuerde la posibilidad de un trono: se resignan con más facilidad bajo la República porque no se les obliga á acatar ningún otro señor. Además, los presuntos reyes no son tan exigentes con sus parciales: estos les dicen: «ya veis que el pueblo no quiere rey: no es que se incline en favor de tal ó cual hombre, sino que ha roto con la institucion.» Y la verdad del hecho desarma á los pretendientes.

Vemos, pues, que ni hay reyes que dar á la Francia ni partidos bastante fuertes que se empeñen en hacer de una tradicion ó de un recuerdo un rey. Si mañana la reaccion lograra derrocar á la República en vez de surgir la monarquía, no surgiría más que el caos. La República no ha herido más que á tres ó cuatro familias de pretendientes: el trono que luego quisiese instaurarse sería agresivo con toda la Francia. Solo así podría mantenerse en pie ó por lo menos arrastrarse por el suelo los cortos días de su existencia.

Pero no habrá reyes, hemos dicho, porque no son necesarios. Dáenos risa en efecto ver cómo los hombres de la reaccion se complacen en observar los trastornos que ocurren en Francia bajo la República. No parece otra cosa sino que la República ha hecho pobre en un día á toda la Francia. Ella no ha gastado en mantener las prodigalidades de una corte corrompida; no ha enviado aun al banquillo de los reos ningún cómplice de los Teste y los Petit; no ha derramado el oro del presupuesto en las urnas electorales para convertir á su favor las candidaturas: ¿en qué, pues, se fundan los que la acusan de los males y de la miseria de la Francia? La República no ha hecho más que venir á encubrir con su manto las llagas de la monarquía, porque de ponerlas de manifiesto hubieran escandalizado al mundo. Sin embargo, se la

acusar de todas las desgracias que han pesado en estos últimos tiempos sobre la Francia.

Nosotros vamos por un momento á suponer que el pueblo francés, cansado de República, nombra un rey. ¿Qué política sigue este? ¿La de la resistencia ó la de la expansion? Si la primera sabemos en qué elementos ha de apoyarse.

¿Se apoyará en el ejército? Recordad que los soldados que habian conducido los príncipes de la familia de Orleans al combate, fueron los primeros en negarse á hacer fuego sobre el pueblo de Paris en defensa del padre de su general y de su rey. ¿Será en la Milicia Nacional? ¡Ay! Luis Felipe habia hecho de esta su Guardia de Corps, si tal puede decirse. La habia mimado, la habia halagado hasta un punto increíble: faltaria algunas veces al consejo de ministros ó á un banquete; pero nunca á las revistas de la Milicia Nacional. ¿De qué le sirvió todo esto? Preguntadlo á las barricadas de Paris, detrás de las cuales se vieron en las jornadas de febrero los chacós de la Milicia servir de blanco á los pocos que hacian fuego contra el pueblo á nombre del viejo rey. Si en el interior no puede contar con esos dos brazos armados, el ejército y la milicia, tendrá que buscar su apoyo en el exterior. ¿Irá como Luis XVIII á pedir la sancion de su derecho á un congreso europeo? ¿Pedirá como el sucesor de Luis XVI que los ejércitos coligados acampen en Paris y le den seguridad aunque sea á trueque del pillage de las glórias artisticas y del honor de la Francia? ¡Ay, el pueblo francés no está desangrado ahora como en 1814 para que sufriese su afrenta sin estallar! Para llegar á esto se necesitaba que antes un Waterloo hiciese desconfiar á la Francia de su fuerza y de su fortuna.

No; el rey que subiese al trono no podria ahora apoyarse en poder ninguno para tiranizar al pais. Queda, pues, el caso en que quiera gobernarle con una política expansiva y generosa. Entonces, ¿qué ganaria la Francia con pasar bajo la monarquía? ¿Por qué han sucedido las jornadas de mayo y junio? Según los amigos de la monarquía, por demasiada tolerancia en el poder. Poned, pues, un rey que sea tan tolerante como lo fué el gobierno provisional, y vereis reproducirse esas jornadas. Esto sucederá por fuerza, á menos que no supongais en los reyes el poder de decidir de los acontecimientos con solo su prestigio real. ¡El prestigio real! Todo puede ser. El cadáver del Cid bastó para hacer que se ganase una batalla: puede que la sombra del poder real tenga tal virtud sobre los ánimos, que aun muerto dé la victoria.

¡Oh! no, la monarquía no puede rehabilitarse en Francia: si quiere ser rígida será un estorbo; si quiere ser flexible y dócil estará de mas. Una barrera irritará el espíritu popular, y hará que la salve ó la rompa: una senda abierta á la expansion popular conducirá siempre al pueblo á la República.

En ella está ya la Francia, sin que nada sea posible á hacerla volver atrás. Que la eleccion del presidente sea hecha por el pueblo ó por la Asamblea, el que salga elegido se creará muy honrado con llamarse presidente de la República. Cualquiera pretendiente se contentaría con llegar á este puesto. ¡Los reyes! los reyes en Francia no podrian ahora mas que libar la copa de la amargura y llevar una vida digna de compasion. Los que se salvan de los Alibaus y de los Fiesckis vienen á caer con sus canas y con sus años sobre las barricadas del pueblo. El que haya visto huir á Luis Felipe con los suyos al escape de un caballo, mientras el pueblo hacia del santuario de su familia y de los objetos mas caros que habia dejado en él, miserable inventario, aprenderá á despreciar las vanidades de la monarquía y á contentarse con la paz y el sosiego de la República. En ella Luis Felipe no sería mas que los otros, pero los otros no serian tampoco mas que él. Vale mas esa igualdad en el amor, que un trono en el odio de un pueblo. Mucho mas si el pueblo sabe levantar cadalsos y construir máquinas infernales.

CARTA DE UN AMIGO MUY INTIMO DEL GENERAL CAVAIGNAC

A D. CIRCUNSTANCIAS.

Señor, y me quedo corto; tenga usted mas caridad cuando dispara sus tiros al general *Cavaignac*.

Porque se me ha figurado que está duro por demas en eso de compararle al ministro *Polignac*.

No diré que no merezca el citado general, cuatro buenas pinceladas

y brochazos y algo mas.

Pues yo fui siempre su amigo

y estoy asombrado ya

de verle torpe y cobarde

volver los ojos atrás.

Hay hombres tan mentecatos

que con un miedo cerbal,

por huir del purgatorio

se entregan á Satanás.

Cavaignac es uno de estos;

es tan timorato y tan....

yo no sé como espresarme

para decir la verdad.

Es un fenómeno raro

que está abrigando quizá,

en un cuerpo de calandria

un alma de gabilan.

Allá cuando Luis Felipe

era de la Francia el Czar,

mas hipócrita que un fraile,

mas déspota que un sultan,

Cavaignac rogaba al cielo

que se sirviera otorgar,

un año noventa y tres,

y un ciudadano Marat.

Mas hoy que se halla asustado

viendo turbada la paz,

por las nuevas teorías

de los *Blanquis* y los *Blancs*,

Tanto se ha aburrido, y tanto

se ha llegado á intimidar

que está como Claudio Frollo

siempre repitiendo ¡*Ana k!!!*!

El pobrecito señor

desea la libertad,

pero le creo juguete

de algun otro perillan.

Y por eso el mentecato

quiere marchar hácia atrás,

c' est á dire, retrograder;

es decir, retrogradar.

No conoce que la Francia

no quiere pamplinas ya,
y la conducta que él sigue
le puede cara costar.

Esto todo lo concedo,
es claro, justo y cabal.
Si hubiera un hombre en el mundo
de desmentirlo capaz;

Merecería en justicia
que le dieran de almorzar,
amarrado en un pesebre,
cebada en lugar de pan.

Mas lo juro francamente,
cuando he visto murmurar
al señor *D. Circunstancias*
del general *Cavaignac*;

He tenido un sentimiento
estupendo, colosal,
aunque su razon conozco,
que no la puedo negar.

En eso que usted le dice
que siempre ha sido y será,
fuera de los nueve, cero,
nada tenemos que hablar.

Pues *Cavaignac* es un hombre
para el destino en que está,
lo que se dice *impotente*,
lo que se llama *incapaz*.

Es un cero; mas, qué digo,
menos que cero, si tal;
es cantidad negativa,
y no intente replicar,

Que estoy por ponerle el signo
debajo de un radical
y convertirle por tonto
en *raiz de menos a*.

Pero usted *D. Circunstancias*
le trata tan mal, tan mal,
que aunque su razon conozco,
no lo puedo tolerar.

Usted le ha llamado mulo
y esa palabra es fatal,
máxime si se dirige

á tan alta dignidad,
 ¡Mulo! ¡Cavaignac un mulo!
 calle usted por Barrabás,
 ¿Pues cuál será la comparsa
 si es mulo el primer galan?
 Sobre todo, amigo mio,
 todo hombre noble y leal
 debe probar lo que dice,
 que es injusto el calumniar.

Digame usted por qué es mulo
 el general *Cavaignac*;
 y si acaso me convenzo
 de que ha dicho la verdad,

No solo sus opiniones
 le prometo respetar,
 sino hacerle un digno obsequio
 como se usa por acá.

Si prueba usted por qué es mulo
 nuestro digno general
 le daremos cualquier cosa,
 lo que usted quiera tomar.

Mas ya el regalo he pensado
 propio de hombre tan sagaz,
 le haremos impar de Francia
 ya que no puede ser par.

Pero si usted no me prueba
 como es de necesidad
 por qué razon llama mulo
 al general *Cavaignac*;

No venga usted á Paris,
 pues nunca podrá contar
 con el apoyo de Francia
 ni con su amigo *Balzac*.

RESPUESTA.

Primero mi juventud
 pasaria en el vivac
 y antes iré al ataud
 que brindar á la salud
 del general *Cavaignac*.

¿Con que tu, Balzac, te quejas tan triste y amargamente porque al ver sus once ovejas doy un estiron de orejas á un hombre tan impotente?

Tu amistad desde hoy rehuyo como si fueras judío, y con razones arguyo que si eres amigo suyo nunca podrás serlo mío.

Para no juzgarte necio, tengo yo razones varias; que no merece desprecio quien ha dado de alto precio tantas obras literarias.

Pero todo cuanto digo solo me prueba, Balzac, que ya no vales un higo si te has hecho tan amigo del general *Cavaignac*.

Tu razon, bien considero, que aun desquiciada no está, pues me confiesas sincero que ese hombre ha sido y será fuera de los nuevos cero.

Pero el mas profundo enojo me muestras sin disimulo porque he tenido el antojo de suponer con arrojo que *Cavaignac* es un mulo.

Ya que esto te descalabra ó al menos no te contenta, confesaré sin afrenta que la dichosa palabra es una errata de imprenta.

Yo que soy mal pendolista quise apellidarle *nulo*; hícelo asi, Dios me asista, mas no lo entendió el cajista y me hizo llamarle *mulo*.

Lo vi despues, no desecho cierta culpa en el error,

mas lo dejé, satisfecho,
al ver la errata mejor
que los cajistas han hecho.

Que aunque en mi intencion no entraba
tratar tan mal á ese nene
por el sentido que daba,
confieso que me gustaba
la *eme* mas que la *ene*.

Híceme luego una cuenta
que por exacta calculo;
yo ya le llamaba *nulo*,
pues que se quede con *mulo*,
lo mismo da ocho que ochenta.

Por lo demas, un favor
quiero pedirte Balzac,
y es que no tengas dolor
de ver tratar con rigor
al general *Cavaignac*.

Declarar debo la guerra
al hombre tan sin sustancia
que en su estúpida arrogancia
se ha propuesto echar por tierra
la libertad de la Francia.

¿No merece á la verdad
mis sarcasmos infinitos,
hombre que en su terquedad
hasta la hospitalidad
niega á los pobres proscritos? (1)

Lo merece, en mi opinion,
y puesto que lo merece
reciba mi coscorron,
que he de seguir con teson
mientras él siga en sus trece.

Bien puede el caso llegar
que no quiera incomodarle,
mas te lo puedo jurar:
solo dejaré de darle
cuando el deje de mandar.

(1) Me refiero á los austriacos que entraron en Francia huyendo de sus opresores, y que fueron inhumanamente entregados á la venganza por el general *Cavaignac*.

Por la tanto y entre tanto
 que no oiga sonar el canto
 de su político entierro,
 ya verás como le planto
 latigazo y tente perro.

Me alegraré, te lo juro,
 por un centenar de cruces
 verle yo salvo y seguro
 y no cascarle tan duro
 con tal que caiga de bruces.

Y he de tomar una copa
 de aniseta ó de coñac,
 cuando esté libre la Europa
 de la retrógrada tropa
 que comanda *Cavaignac*.

Y SIGUE EL MUNDO AL REVÉS.

—¿Qué dices Juan?
 —¿Qué quiere usted que diga señor? Digo lo mismo que usted dice: que lo que estamos viendo es el mundo al revés; y sino vea usted los artículos de artes que publica la *España*.

—Ya, ya los he visto. Ya veo que la pandilla esclusivista que pugna inútilmente por empuñar el cetro de la pintura, trabaja cuanto puede para lograrlo, aunque estoy seguro de que solo conseguirá dar coces contra el aguijón.

—Todo Madrid está escandalizado, señor, al ver la falta de criterio que manifiestan esos artículos, en que á través de cierta ostentacion de imparcialidad y pericia, se descubre una completa ignorancia y un decidido concepto de rebajar á nuestros mejores artistas, único recurso que puede tocarse ya con éxito para encumbrar á los Madrazos.

—En efecto, eso es lo único que resta, por aquello de que en tierra de ciegos, el tuerto es rey. Si tú fueras á una de esas aldeas donde ni siquiera saben lo que es dibujo, pues no han visto mas pinturas que las figuras de la baraja, podrias pasar por artista, y no digo yo tú, que al cabo sabes ya hacer orejas, ojos y narices, sino D. José Madrazo que pinta caballos de marmol en lugar de pintarlos de carne. Pero en España, donde es fácil tener

una reputacion usurpada, no es tan facil alcanzar una posicion elevada en el rango de los maestros, porque no estamos tan atrasados como la *España* quiere suponer. En efecto, ¡pobres de nosotros, si como pretende la *España* ocupara el señor D. Federico Madrazo el primer lugar entre nuestros artistas!

—Sin embargo, dicen que D. Federico es mejor artista que su padre.

—Yo lo creo, como que su padre no es artista ni bueno ni malo; pues asi como yo niego el titulo de poeta á muchos versificadores, se debe escatimar el dictado de artista á muchos que se le apropian sin razon, solo porque manejan un pincel y una paleta, asi como podrian manejar un azadon ó un arado. En cuanto á Don Federico Madrazo, no se le puede negar que es un artista, en medio de sus defectos, que los tiene muy garrafales; pero es un artista que no puede figurar al lado de otros muy dignos de respeto mientras no se corrija, si es que puede corregirse, y mientras no prefiera el estudio de los buenos modelos, á esas escursiones que hace por los espacios imaginarios.

—Sin embargo, ese señor, está persuadido de que realmente es un retoño de Rafael.

—Pues está equivocado. Cualquiera de los Rafaeles cuyas obras he conocido, se halla á una altura donde jamás podrá llegar D. Federico, y le aconsejo por su bien que pinte mucho y aprenda mas, pero que no haga jamás la calaberada de ponerse en competencia con ningun Rafael, pues saldrá con el rabo entre piernas, sea quien quiera el Rafael antagonista, ya se nombre este Rafael de Urbino, ya se llame Rafael Tejeo.

—No dice eso el articulista de la *España*.

—Tampoco el articulista de la *España* tiene obligacion de saber lo que dice, y se vé en el empeño que manifiesta por sostener el ya carcomido y vacilante altar de su ídolo D. Federico. ¡Qué lástima que este jóven artista no tenga que habérselas solo con pintores del calibre de su padre! La fortuna de D. Federico seria que no existiera ese venerable anciano, monumento glorioso de las artes españolas, ese D. Vicente Lopez, cuya vida consagrada al estudio no le ha podido poner al abrigo de los tiros, que como dice Victor Hugo, suele siempre disparar la envidia á la mejor fachada del edificio. Lo que quisiera D. Federico Madrazo seria que no existieran los Lopez, los Tejeos, los Villamiles, los Esquiveles, los Gutierrez, los Gomez y otros muchos que no pueden menos de hacer sombra al que con menos mérito que ellos se presenta lleno de ilusiones quiméricas y de pretensiones exa-

geradas. Si no hubieran venido al mundo estos y otros notables artistas, D. Federico podría decir con orgullo: «Yo soy la nata y la flor de los pintores españoles.» Pero desgraciadamente para él y afortunadamente para las artes, la competencia le abruma, ó por mejor decir no hay competencia, y en tal caso, no queda mas recurso que decir, la nieve es negra y la tinta blanca, ó lo que es lo mismo, rebajar á los grandes artistas que he nombrado para realzar á D. Federico, cuyas pretensiones son desproporcionadas respecto de su mérito artístico. En fin, esto lo trataremos mas despacio contestando como te prometí contestar muy detenidamente al articulista de la *España*, que por mi parte no puedo guardar silencio cuando veo que las cosas no van derechas, y cuando parece que todo conspira á volver el mundo al revés. Vamos á otro asunto.

—El otro asunto es el mismo. ¿Se acuerda usted de la filípica que dimos á nuestro apreciable colega el *Espectador* cuando elogió una malísima producción literaria del duque de Rivas?

—Vaya si me acuerdo.

—Yo creí entonces, francamente, que los periódicos moderados iban á apoderarse de aquella chispa para dar una zumba al *Espectador*.

—Bien, ¿y qué?

—Que he visto, lo de siempre, el mundo al revés. No fué el *Heraldo* como yo pensaba el que sacaría partido de nuestro artículo, sino la *Ley*, que lo copió á los dos ó tres dias.

—Ya lo he visto, amigo Juan, y puedes decir á la *Ley* que ya que se tomó el trabajo de copiar algo de nuestro periódico, podía haber copiado todo el artículo y no ir á elegir solo el párrafo que atacaba al *Espectador*, á quien estimamos mucho á pesar de su pifia gaceticilla, que ninguna trascendencia tiene para nosotros. El *Espectador* sostiene las buenas doctrinas, y tanto por esto como por otras razones de simpatía que tú sabes, yo le profeso mucho cariño y naturalmente he de preferirle á los que tan rezagados se van quedando en el camino de la libertad.

—Lo mismo digo yo, señor, ya que la *Ley* copió algo, podía haber copiado cualquiera otra cosa en que de seguro habria manifestado menos malas intenciones; y si piensa la *Ley* que el *Espectador* y D. *Circunstancias* pueden reñir, se lleva gran chasco, porque eso seria andar el mundo al revés.

—No diré yo que la *Ley* apetezca la discordia entre los liberales; pero de seguro me parece el periódico mas útil á los que se empeñan en que el mundo camine al revés. Muchas razones

podria alegar en corroboracion de este aserto; pero en obsequio de la brevedad, me concretaré á citar el número 57 del diario de justicia, tolerancia y órden.

—¿Pues qué dice?

—Dice que Albacete está en Estremadura, error no menos craso que el que cometió el *Heraldo* cuando llamó ciudad á la provincia de Cataluña. Estaria gracioso que la *Ley* y el *Heraldo* esPLICARAN juntos un curso de geografia. Creo que se darian la mano, y los discipulos que tuvieran no sabrian á punto fijo si Madrid está en Europa ó en Africa, pero saldria cada uno de ellos dispuesto á dar una nueva edicion de «el mundo al revés.»

—Por último, señor, ya que del mundo al revés se trata, le suplico á usted que vuelva á la cuestion de los artistas y dé un varapalo á la *Esperanza*.

—¿Qué dice algo?

—Vaya si dice.

—¿Con que tambien los Madrazos han invadido el terreno de la *Esperanza*? Hacen bien, porque así como así ya no les queda otra cosa mas que esperanzas.

—Mire usted lo que dicen.

—No, Juan, no lo leas; déjalo para mañana, que nos entretendremos los dos un ratito comentando esos tristes desahogos de los genios no comprendidos. Hoy, como tú sabes, estoy de mal humor, porque he trabajado mucho; he sabido la desgraciada suerte de algunos amigos que escuso nombrar, y no tengo gana de aumentar mi esplin considerando que las pasiones y la guerra han invadido el santuario de las artes. Ademas quiero revisar un poco nuestro *brochazo* de hoy para que no nos suceda lo del otro dia, pues ya sabes que la edicion de provincias fué recogida por la autoridad, lo que no es muy raro en los tiempos que corremos.

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPAR y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

— En provincias; 30 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.